

J. J. ARCANJO

CROOK HAVEN



Escuela de ladrones



J. J. ARCANJO

CROOK HAVEN



Escuela de ladrones

ANAYA

Título original: *Crookhaven. The School for Thieves*

Primera edición: febrero de 2026

Publicado por primera vez en Reino Unido en 2023
por Hodder and Stoughton.

© Del texto: J. J. Arcanjo, 2023

© De la traducción: Jaime Valero, 2026

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.es

Ilustración de cubierta: David G. Forés

ISBN: 978-84-143-5995-2

Depósito legal: M-22857-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para mi abuelo, que ha leído cada palabra
de cada historia que he escrito.*



CAPÍTULO UNO

Gabriel Avery llevaba varias semanas sin robar carte-
ras y empezaba a notar un picorcillo en las yemas
de los dedos.

El verano se aproximaba raudo a su fin y cada vez eran menos los turistas que pasaban por Torbridge, lo que conllevaba menos bolsillos que vaciar. Y los turistas que sí acudían nunca se quedaban mucho tiempo en el pueblo. Al fin y al cabo, existía un límite en las fotos que alguien podía llegar a tomar del principal reclamo del pueblo —un espantoso puente de granito— antes de aburrirse y marcharse. Por suerte para Gabriel, a diario seguía transitando por la zona una ristra constante de gente que se dirigía al trabajo. Sin duda, de camino a lugares lejanos donde ocurrían cosas emocionantes y maravillosas.

Gabriel solo llevaba un año viviendo en Torbridge, pero ya tenía la sensación de que cualquier otro sitio resultaría más estimulante.

Era lunes por la mañana, temprano, y Gabriel estaba apoyado en la pared de la estación de tren, esperando a que llegara el siguiente convoy. En poco tiempo, el andén cobraría vida con las personas que harían transbordo para dirigirse a Exeter, al norte, o a Cornwall, hacia el

sur. Pero en ese momento solo había dos hombres esperando, ataviados con trajes oscuros, y encima estaban a contraluz, así que no podía verlos bien.

«Serán lugareños», pensó, bostezando. Nunca le robaba la cartera a un lugareño. Solo conseguiría que lo reconocieran y se lo dijeran a la abuela. Y desde su percance más reciente, ya estaba en su lista negra.

Es más, Gabriel no estaba seguro de haber estado nunca en la lista blanca de la abuela desde que se mudaron a Torbridge.

Aún no eran las ocho y todos los pasajeros que se apeasen de los trenes estarían malhumorados, soñolientos y, lo mejor de todo, ajenos por completo a la presencia de Gabriel. Eso significaba que podría moverse entre ellos como un fantasma de dedos veloces. Solo de pensarlo, le recorrió una oleada de entusiasmo. Había estado tan ocupado las últimas semanas, ayudando a la abuela en la mansión, que no había tenido ocasión de pasar por allí. Y no te imaginas cómo lo había echado de menos.

Tiritó a causa del viento de la mañana y se cubrió las manos con las mangas de su jersey azul. El frío le agarrotaba los dedos, y cuando eso ocurría no le servían de nada. Necesitaba mantenerlos calentitos, hábiles y certeros.

A su izquierda, la cafetería Benson's servía bebidas calientes desde una ventanilla. El dulce aroma a chocolate caliente y el olor amargo y penetrante del café se extendían por medio de finas hebras de vapor. En el

interior, el chisporroteo del beicon competía con los chiflidos y gorgoteos del café al prepararse.

A Gabriel le gruñó el estómago.

«Lo primero que me voy a comprar con mis ganancias es un sándwich de beicon —pensó—. Y otro de salchicha para la abuela».

Había una taza de café para llevar apoyada en una de las mesas altas, al lado de la ventanilla, que todavía humeaba ligeramente. Gabriel esperó a que el camarero desapareciera dentro del local para acercarse y birlarla. Detestaba el sabor del café, pero el vaso caliente era perfecto para destensar sus dedos agarrotados.

Al cabo de unos minutos, escuchó el traqueteo de un tren que se aproximaba y se separó de la pared para ver mejor. Dejó el vaso sobre un banco cercano y observó cómo los pasajeros bajaban en tropel.

Gabriel frunció el ceño. La proximidad del otoño conllevaba que tendría que empezar a lidiar con abrigos y chaquetas, cada uno con varios bolsillos. Nunca tenía tiempo de revisarlos todos, así que a menudo le tocaba adivinar dónde estaría la cartera. No obstante, después de varios años en el oficio, se le daba bastante bien. Por suerte, no todos los que se apearon habían previsto el frío que hacía aquella mañana, impropio de esa época del año.

La mayoría de los pasajeros se quedaron en el andén para esperar a otro tren para hacer transbordo, pero unos cuantos giraron a la derecha, rumbo hacia la cafetería.

Gabriel sonrió y sacó una moneda de dos peniques. Estaba en su poder desde que tenía recuerdos. Lo que la hacía única era que un lado —el de la cara— era de cobre normal, mientras que el otro —el de la cruz— estaba renegrido. Como si se hubiera quemado. No sabía por qué. Pero tenía un aspecto muy chulo y se había convertido en un elemento clave en sus argucias.

Gabriel lanzó la moneda al aire con el pulgar, la agarró al vuelo y luego la volvió a lanzar. Estaba a punto de poner en marcha su plan cuando escuchó una voz familiar.

—Gabriel Avery, ¿eres tú, muchacho?

El chico agarró la moneda, se la guardó en el bolsillo a toda prisa y alzó la cabeza. Theodora Evans le devolvió la mirada. Su rostro era una amalgama de piel macilenta y arrugas profundas, producto, en opinión de Gabriel, de la suma entre fruncir el ceño sin parar y cincuenta años de adicción al tabaco.

—Buenos días, señora Evans —dijo con dulzura.

El rostro de la mujer se agrió aún más, si es que tal cosa era posible.

—¿Qué estás haciendo en la estación a estas horas?

—Theodora frunció sus labios arrugados—. Nada bueno, seguro.

Gabriel fingió sentirse dolido por esa acusación.

—En absoluto, señora Evans. He venido a comprar un sándwich de salchicha en Benson's para mi abuela. Es su favorito. —Se encogió de hombros—. He pensado darle una sorpresa.

La señora Evans suavizó el gesto por un instante. Luego lo volvió a endurecer.

—Es una explicación creíble. —Se inclinó un poco más hacia él—. Pero sé que fuiste tú el que afaná una empanada de carne y riñones del alféizar de mi ventana la semana pasada, Gabriel Avery. Lo sé de buena tinta.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Qué significa «afanar», señora Evans?

Por supuesto, Gabriel sabía de sobra lo que significaba «afanar» y cualquier otra palabra relacionada con el hurto. Tenía muy cerca los ojos grises y acuosos de la señora Evans.

—Significa que la robaste.

Gabriel retrocedió un paso y se levantó el jersey y la camiseta para revelar un torso flacucho y de piel olivácea.

—¿Le parece esta la barriga de un ladrón de empanadas, señora Evans?

La mujer se irguió, desconcertada por esa réplica.

—Tienes un pico de oro, Gabriel Avery. Estás hecho un listillo, en mi opinión. Ningún muchacho honesto y temeroso de Dios permitiría que brotasen de su lengua tantas mentiras seguidas.

Gabriel dejó caer su camiseta y su jersey.

—Ojalá hubiera estado allí, señora Evans. Así podría haber capturado al que la robó. Pero no fue así.

Gabriel sí había estado allí, por supuesto. Y aunque la masa de la empanada le pareció un manjar mantecoso, el relleno no estaba tan sabroso como de costumbre.

Fue, en su humilde opinión, la peor empanada de la señora Evans hasta la fecha.

Poco convencida, la mujer profirió un gruñido sonoro y salió de la estación murmurando entre dientes.

Gabriel volvió a sacarse la moneda del bolsillo y regresó hacia el andén. Varias personas habían formado una fila ante la ventanilla de la cafetería. Gabriel frunció el ceño. Las filas resultaban peliagudas. Si le ocurría algo a una de las personas de la cola —si las empujaban o les hacían tropezar—, los demás solían girarse para ver qué pasaba. Y a mayor cantidad de ojos, más probabilidades había de que alguno de ellos se fijase en una mano descarriada. Gabriel se giró para comprobar si alguien se estaba aproximando a la cafetería.

Dos personas. Pero estaban demasiado cerca entre sí como para intentar nada.

Sin embargo, había un hombre de cabellos plateados que caminaba justo por detrás de los otros dos.

«¿Qué tal ese? —pensó Gabriel, observando su figura—. Va sin abrigo. Con pantalones holgados. Con un bulto del tamaño de una cartera en el bolsillo izquierdo. Distráido con su teléfono. Parece la opción perfecta».

El chico comenzó a lanzar su moneda al aire otra vez. Esperó a que pasaran los otros dos, después echó a correr directamente hacia aquel hombre. Colisionaron, hombre con cadera, y la moneda de Gabriel traqueteó sobre el suelo de hormigón.

—Perdona, chaval, ha sido culpa mía —dijo el hombre, que se guardó el móvil en el bolsillo derecho y le

dedicó una sonrisa para disculparse—. Espera, deja que la recoja.

—No pasa nada —dijo Gabriel, que aparentó estar un poco aturullado—. Solo es una moneda vieja.

Pero el hombre ya se estaba agachando, exponiendo la fina cartera de piel negra que llevaba en el bolsillo izquierdo.

Una cartera que estaba allí y, de repente, desapareció.

El hombre se enderezó y le tendió la moneda a Gabriel, con el lado de la cara hacia arriba.

—¿De dónde la has sacado? Nunca había visto una moneda en tan mal estado.

—Fue un regalo —respondió Gabriel, encogiéndose de hombros—. De mis padres.

Ese detalle, al menos, era cierto. Aparte de esa moneda, lo único que le habían legado esos dos eran su cabello castaño meloso y unos ojos de color ámbar tostado, unos rasgos que tampoco le importaban demasiado.

El hombre depositó la moneda sobre la mano de Gabriel, que se la guardó en el bolsillo.

—En fin, por lo menos es mejor que una pantalla. —El señor se sacó el móvil del bolsillo—. Estos chismes son malignos, muchacho. Sigue jugando con monedas durante todo el tiempo que puedas.

Gabriel asintió con educación.

—Siento haber chocado con usted.

El hombre le dio unas palmaditas en el hombro mientras pasaba de largo, con los ojos ya fijos en su móvil.

—No ha sido nada, muchacho. No ha sido nada.

Gabriel dobló la esquina y, tras echar otro vistazo furtivo por encima del hombro, sacó con cuidado la cartera de piel negra de su bolsillo. Sonrió. «Ha sido tan fácil como llevarse una empanada de carne y riñones de la ventana de la señora Evans».

La abrió y...

«Qué extraño». Estaba prácticamente vacía. Dentro solo había un billete de diez libras y algo blanco —una tarjeta, a juzgar por su aspecto— que asomaba de una de las fundas. La sacó y la leyó.

ERES BUENO.
YO SOY MEJOR.

Gabriel se dio la vuelta y regresó corriendo a la cafetería. La fila había quedado reducida a dos personas.

Aquel señor de antes no se contaba entre ellas.

Gabriel giró sobre sí mismo, oteando el andén con frenesí en busca de la figura de cabellos plateados. El tren estaba empezando a alejarse y...

«Oh, no...».

El hombre estaba sentado junto a una ventanilla, sonriendo. Gabriel cruzó una mirada con él. Poco a poco, el señor sostuvo algo sobre el cristal. Era pequeño, circular y parecía quemado por un lado.

Gabriel, con el corazón acelerado, rebuscó en su bolsillo y sacó una moneda de dos peniques. Pero no era la suya.



CAPÍTULO DOS

El tren se alejó resoplando hacia el sol naciente, llevándose consigo al hombre de cabellos plateados y la moneda de Gabriel.

El chico se apoyó en una pared cercana, estrujándose la sesera.

Para cualquier otra persona, solo se trataría de una moneda de dos peniques, pero para él era importante. Era lo único que dejaron atrás sus padres cuando lo abandonaron. El único objeto que podría ayudarlo a localizarlos algún día. Nunca se desprendía de ella, la utilizaba en casi todos sus golpes, y ahora un ladrón desconocido se la había birlado.

Pero ¿por qué?

Gabriel volvió a revisar el contenido de la cartera. No había nada más que un billete de diez libras. Volvió a leer el mensaje de la tarjeta. De algún modo, el hombre de cabellos plateados había adivinado que Gabriel era un ladrón.

Volteó la tarjeta y achicó los ojos. Había algo más escrito, con una caligrafía más pequeña.

USA EL DINERO PARA COMPRAR UN BILLETE
HASTA LA ESTACIÓN DE MOORHEART.

TU MONEDA TE ESTARÁ ESPERANDO.
EN ESTE MUNDO HAY UN LUGAR PARA ALGUIEN
CON TU TALENTO, GABRIEL AVERY.

Gabriel leyó la nota una segunda vez. Después una tercera.

«¿Con mi talento? No se referirá a...».

Negó con la cabeza. Si ese hombre era un ladrón, puede que se tratara de alguna especie de timo. Aunque no sabía qué esperaba conseguir con ello. Lo que sí tenía claro era que no pensaba utilizar esas diez libras para comprar un billete hacia Moorheart, un lugar del que nunca había oído hablar y que, en su opinión, era completamente imaginario. Prefería invertir ese dinero en algo más valioso.

—Un sándwich de beicon y otro de salchicha, por favor —le pidió al orondo camarero que atendía en el mostrador de la cafetería.

Se trataba del señor Hartley, una de las pocas personas en Torbridge que no miraban a Gabriel como si acabara de hacer —o estuviera a punto de hacerlo— algo reprehensible y deleznable.

—Lo recuerdo, lo recuerdo —dijo el señor Hartley. Se dio la vuelta y gritó—: ¡Uno de beicon y otro de salchicha, Geoff! Pero ándate con ojo. Como se te queme una salchicha más, acabarás de patitas en la calle. —El camarero volvió a girarse hacia Gabriel—. Hacía varias semanas que no te veía, Avery. ¿Qué te ha tenido tan ocupado?

El dinero. En concreto, la falta de él.

—He estado ayudando a mi abuela.

El señor Hartley refunfuñó.

—¿De veras? ¿Y qué tal está esa vieja gruñona?

La abuela se había criado en Torbridge. El señor Hartley y ella fueron amigos/enemigos durante la infancia y retomaron su relación donde la dejaron cuando la abuela y Gabriel volvieron a mudarse allí el año anterior. Para él, la abuela era «la vieja gruñona», mientras que para ella, el señor Hartley era «ese ogro grandote». Para ser justos con la abuela, el señor Hartley sí que tenía cierto aspecto de ogro, aunque más bajito, más rechoncho y mucho más peludo.

—Está bien —respondió Gabriel—. De hecho, el sándwich de salchicha es una sorpresa para ella.

El señor Harley se giró hacia la cocina.

—Geoff, quema la salchicha un poco...

El cocinero, que a juzgar por su voz parecía poco avisado, lo interrumpió:

—Pero si acabas de decir que...

—¡Ya sé lo que he dicho! —bramó el señor Hartley—. Pero a la vieja gruñona le gustan las salchichas chamuscadas, así que hazlo. —Volvió a mirar a Gabriel—. ¿Estás intentando no meterte en líos?

El muchacho asintió.

—Por supuesto. Es imposible encontrar problemas en Torbridge.

—Aun así, siempre te las ingenias para encontrarlos. —El señor Hartley se sorbió la nariz—. Ya falta poco para septiembre. ¿Qué planes tienes este año para

el colegio? Ya vas a empezar el segundo curso de secundaria, ¿no?

Un jovencito larguirucho y cubierto de granos salió de la cocina sosteniendo una bolsa de plástico. Ya se estaba formando un charco de grasa en la base. Se la entregó sin decir ni mu.

—Gracias —dijo Gabriel, que salió a toda prisa de la cafetería.

—¡Eh! —exclamó el señor Hartley—. ¡No has respondido a mi pregunta!

Gabriel salió de la estación y emprendió el largo y sinuoso camino de vuelta a casa.

Esa misma pregunta llevaba rondando por su mente durante las últimas semanas. La abuela estaba empeñada en que regresara a Torfalls para iniciar el curso. Pero Gabriel ya había pasado un año en ese lugar deprimente y la idea de regresar a una escuela donde todo el mundo lo odiaba o lo ignoraba le hacía estremecer. Para colmo, la mayoría de la gente que acudía a Torfalls terminaba quedándose a vivir en ese pueblucho de mala muerte. Gabriel quería ir a algún lugar nuevo y emocionante. Un pueblo grande. ¡Tal vez incluso una ciudad! Un sitio donde la gente no lo mirase como si tuviera la peste...

El letrero de «ABIERTO» que estaba colgado dentro de la puerta de la tienda del pueblo cambió a «CERRADO» cuando pasó él. Algo que, en su opinión, estaba totalmente fuera de lugar. Nunca había robado nada en esa tienda. De hecho, aparte de alguna empanada ocasional apoyada en un alféizar que suplicaba que alguien

la probase, nunca había robado a ningún lugareño. Lo que pasa es que les generaba aversión por ser diferente. A esas alturas de su vida había vivido en incontables pueblos, y había aprendido que la gente de pueblo no toleraba demasiado bien lo diferente. Y en un pueblecito amodorrado de Devon, un muchacho desaliñado y de piel olivácea que vivía con su abuela —también desaliñada, pero más pálida— era algo que no se amoldaba a los gustos de la mayoría. Cuando la gente se enteró de que no eran parientes de sangre, corrieron cuchicheos, después rumores y luego preguntas incómodas. Para colmo, aquello atrajo atención, y la abuela siempre había odiado ser el centro de todas las miradas. Los habilidosos dedos de Gabriel no hacían sino empeorar las cosas. Así que cuando comenzaban las preguntas, su estancia en aquel lugar concreto llegaba a su fin. Siempre había ocurrido del mismo modo.

Mientras el chico cruzaba el famoso puente de piedra, la frase que contenía la nota de aquel hombre de cabellos plateados regresó a su mente. «En este mundo hay un lugar para alguien con tu talento, Gabriel Avery».

Se le aceleró el corazón. ¿Como podía ser eso cierto? Su talento era vaciar bolsillos, lo cual implicaba robar, y eso no está permitido en ninguna parte.

¿Verdad?

Absorto en sus pensamientos, Gabriel estuvo a punto de chocar con una enorme verja de hierro. A través de los huecos entre los barrotes pudo ver el camino de

grava blanca que conducía hasta la mansión imponente que se alzaba por detrás.

Gabriel suspiró. «Ha pasado una eternidad y los Mercier aún no han reparado la pintura blanca descascarillada ni tampoco han recortado la hiedra». Hurgó en su bolsillo y sacó una horquilla.

Había dejado la llave en casa para que la abuela no se enterase de que se había escabullido. Se pasó la bolsa con los sándwiches a la mano izquierda, se agachó e introdujo la horquilla en la cerradura de la verja. Después de menearla un poco, escuchó un chasquido familiar.

La verja se abrió con un crujido. Gabriel la atravesó y la cerró a su paso. Recorrió el camino de acceso, con cuidado para no pisar el césped recién cortado. Los Mercier, siempre tan tacaños, no acostumbraban a mostrar esa clase de atenciones a su jardín, pero la noche anterior recibieron a unos invitados a los que querían impresionar, así que lo mandaron segar. Gabriel estaba seguro de que ahora lo dejarían crecer sin control hasta la siguiente visita de postín.

Dos coches de aspecto elegante —uno negro, el otro azul oscuro— relucían bajo el sol de la mañana. Se detuvo un momento al lado del coche negro para observar su reflejo. «Jolín, necesito un corte de pelo». Su pelo rizado y castaño le llegaba casi por debajo de las orejas y...

—Estás pensando en robar el coche, ¿eh? —inquirió alguien con una voz nasal.

Gabriel se puso tenso. Al haber regresado tan temprano, esperaba no tener que toparse con él.

—Charlie...

—Sabes de sobra que soy Charles —lo interrumpió el muchacho.

Estaba apoyado sobre el costado en sombra de la mansión, con el pelo negro y ralo peinado con esmero hacia un lado. Las facciones afiladas de su rostro de halcón estaban sumidas por completo entre las sombras. Gabriel se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. Solo estaba revisándome el pelo en la ventanilla. Lo tengo un poco desgredado, así que...

Charles emergió lentamente de las sombras, entrecerrando sus ojos azules y gélidos. El resto de su rostro estaba desencajado, mudo de expresión.

—En fin —prosiguió Gabriel, levantando la bolsa de plástico—. Necesito llevarle esto a la abuela antes de que se enfríe...

—¿Dónde está el sombrero de fieltro de mi padre, Gabriel? —preguntó Charles con frialdad.

El chico, que era mayor que él, avanzó otro paso hacia la luz del sol. Gabriel tenía comprobado que la gente rica se movía mucho más despacio y con más parsimonia que los demás, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Incluso cuando Charles se agachó para recoger un trozo de grava, lo hizo con la gracilidad arrogante propia de alguien acostumbrado a no mover un dedo para hacer nada. Se enderezó y comenzó a examinar la grava.

—Ha desaparecido. Y, que yo sepa, tú eres el único cleptómano en las inmediaciones.

Charles lanzó la piedra. Le dio a Gabriel en la rodilla, con fuerza. Gabriel puso una mueca de dolor.

—Si dices eso es que no conoces bien a mi abuela —replicó con una risita nerviosa, tratando de disipar la tensión.

Charles ladeó la cabeza.

—¿La estás acusando del robo?

Gabriel trago saliva.

—No, para nada.

Empezó a retroceder lentamente.

—Porque si estás diciendo que tu abuela es una ladrona —dijo Charles, mientras recogía otro trozo de grava—, me temo que tendré que relevarla de su puesto.

Arrojó la piedra hacia la otra rodilla, pero Gabriel apartó la pierna justo a tiempo.

—Solo era un chiste malo —replicó—. Dile a tu padre que no he visto su sombrero. Pero estaré atento por si aparece. Te lo prometo.

Antes de que Charles pudiera decir otra palabra o arrojar otra piedra, Gabriel dobló la esquina de la mansión.

Con el sol reflejándose en el cristal de las ventanas entreabiertas, la cabaña situada en la linde del bosque tenía un aspecto casi acogedor. Pero tenía unas goteras espantosas, no conservaba el calor en invierno y había una probabilidad del cincuenta por ciento de que el agua saliera helada por las mañanas. Mientras Gabriel recorría los últimos pasos por aquel sendero ligeramente sinuoso, inspiró hondo el dulce aroma de las flores

silvestres que crecían en el bosque, pues sabía bien que el omnipresente olor a humedad del interior de la cabaña no tardaría en arrebatarérselo.

Se asomó por la ventana y, al no ver ni rastro de su abuela, abrió con cuidado la puerta principal.

«Oh, oh».

La abuela estaba al otro lado, cruzada de brazos. Llevaba puesta su rebeca azul con manchas de lejía. Ya se había enfundado sus lustrosos guantes de fregar amarillos. Eso nunca era una buena señal.

—Puede que ya no sea tan avispada como antaño, mi querido niño, pero me temo que vas a tener que levantarte mucho más temprano para poder jugármela.

A Gabriel solo le quedaba una opción. Sonriendo como si nunca hubiera roto un plato, sostuvo en alto los sándwiches.

—¿Tienes hambre, abuela?

Ella titubeó, debatiéndose entre el enfado y el hambre. Poco a poco, descruzó los brazos y levantó una ceja fina y blanca.

—¿Es de salchicha?

Gabriel asintió.

—¿Un poco quemada?

—El señor Hartley se aseguró de ello.

La abuela olisqueó.

—En fin, algún don debía tener ese ogro grandote.
—Mientras le quitaba la bolsa de las manos, la abuela achicó los ojos—. ¿Y ahora vas a decirme que te ha dado estos sándwiches sin cobrarte nada?

—Así es —respondió Gabriel con inocencia.

La abuela frunció los labios.

—¿Y es verdad?

El muchacho se quedó callado un buen rato, confiando en que lo dejara correr. Pero sus ojos de color gris claro se mantuvieron firmes. Así que al final le respondió:

—Oye, abuela, creo que todavía nos queda un poco de ketchup.

Pasó de largo rápidamente junto a ella y alargó el brazo hacia la alacena situada al lado del fogón, que siempre funcionaba mal.

El armarito estaba vacío a excepción de un poco de sal, pimienta y un cuarto de paquete de espaguetis. Gabriel echó un vistazo por encima del hombro. «Aún está mirando...».

—¡Mejor un té! —propuso en su lugar, después cerró la alacena y llenó el hervidor. Para su alivio, la abuela suspiró y asintió. El té siempre funcionaba.

Los dos saborearon cada bocado de los sándwiches y los regaron con sendas tazas de té. La abuela, como siempre, le cedió la mitad de su sándwich. Cuando Gabriel protestó, ella le dijo:

—Estás en edad de crecer. Además, hoy vas a necesitar energía. Hay mucho que hacer en casa de los Mercier. Sí, muchas cosas. —Luego añadió con una sonrisa—: Pero como recompensa, voy a preparar un guiso para la merienda.

Gabriel le devolvió la sonrisa, aunque comprendió lo que la abuela quería decir con eso. Si había reservado

el guiso para merendar, significaba que aquel día no habría almuerzo.

* * *

Gabriel se pasó todo el día trabajando codo con codo con la abuela: cortando las rosas muertas, quitando el polvo de las barandillas y limpiando la zona de guerra en que se había convertido el baño del tercer piso, que utilizaban los desconsiderados niños de la familia. Y se pasó todo el rato pensando en su moneda robada. Y en el hombre de cabellos plateados que se la llevó.

Poco a poco, comenzó a cobrar forma una idea peligrosa. ¿Y si de verdad había un lugar para él ahí fuera?

Cuando acabó con el cuarto de baño, se limpió el sudor de la frente con la manga y asomó la cabeza por encima de la barandilla de la escalera de espiral. La abuela estaba sentada en un taburete en la planta baja, resoplando mientras observaba los escalones del primer piso con un gesto ceñudo y abatido.

Gabriel se quitó los guantes de limpieza, hurgó en su bolsillo y sacó la tarjeta blanca. Leyó el mensaje, luego lo leyó otra vez.

EN ESTE MUNDO HAY UN LUGAR PARA
ALGUIEN CON TU TALENTO, GABRIEL AVERY.

¿Y si ese lugar llamado Moorheart implicaba la oportunidad de una vida mejor? No solo para él, sino

también para la abuela. Gabriel estaría dispuesto a todo con tal de conseguir algo así.

* * *

Mientras el sol se ponía aquella noche, Gabriel, que estaba agotado, se dejó caer sobre su cama con un suspiro de satisfacción y con la barriga llena. ¿Acaso había en el mundo una sensación mejor que esa?

«Bueno, puede que haya una sensación mejor —pensó Gabriel, que introdujo una mano bajo la cama y sacó algo. Con cuidado, se levantó para asomarse a un pequeño espejo circular que había sobre el alféizar de la ventana. Estaba un poco inclinado para poder verse el torso, la cara y el enorme sombrero de fieltro gris que llevaba ladeado sobre la cabeza—. Pero solo una».

**CROOK
HAVEN**

Escuela de ladrones

J. J. ARCANJO

